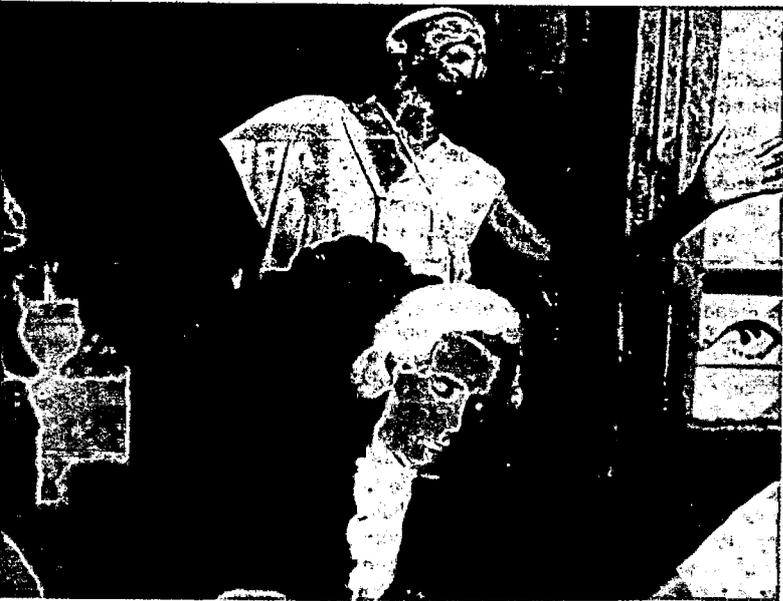


COMER LA CENA DEL SEÑOR (1 Cor. 11, 20)

UNA LECTURA DE LA ULTIMA CENA

PEDRO TRIGO



LAS CONTRADICCIONES DE LA REALIDAD

Fines del siglo XVIII en Cuba. Grandes haciendas exportadoras de azúcar. Señores y esclavos: dueños de la producción y productores. Y como mediadores, capataces y curas. Los capataces aplican por la fuerza la mano de obra a la producción. Los curas piden a los amos humanizar la opresión, predicando obediencia a los esclavos y prometen a los que cumplan el pacto, esclavos y amos, el paraíso: abundancia e igualdad. Están también los técnicos: conocedores de los secretos de la naturaleza para transformarla en provecho del hombre, conocedores del proceso productivo, del valor del obrero, del provecho del amo. Son hombres necesarios, pero sospechosos; lúcidos, pero solos: aún no componen una clase social.

La vida económica se acelera: es necesario aumentar la producción: para eso, inversiones, nuevas técnicas y más horas de trabajo.

El amo sólo capta las contradicciones como malestar ya que no participa directamente en el proceso productivo. Cree conjurar su desasosiego por medio de un rito propiciatorio. La repetición ceremonial de La Última Cena.

Y va a la hacienda a ce-

lebrarla con sus esclavos. Es el miércoles santo. Al ponerse en contacto con la producción le sale al paso su materialidad: la mano de obra y la técnica; y se revelan las contradicciones del proceso productivo: la producción se basa en la mano de obra esclava y la esclavitud no es una condición natural sino una contradicción con lo más íntimo de las aspiraciones de estos hombres, que sólo puede sostenerse por un régimen de represión brutal. En el recorrido por las instalaciones una y otra vez el técnico y el capataz tienen que interrumpir la conversación con el conde para repartir órdenes o para cortar una oreja al cimarrón capturado. El conde no quiere aceptar, no puede soportar la revelación del tenebroso secreto de su fortuna y poder y extrema por eso los preparativos de la ceremonia lustral.

LA NEGACION DE LAS CONTRADICCIONES

En este ambiente se realiza el símbolo: La Última Cena. Es el jueves santo. El conde lava los pies ya lavados de doce esclavos escogidos a dedo para la ceremonia. Apenas roza la piel del esclavo, no puede evitar el gesto de asco y el restregarse la mano o la boca contaminada. Las condiciones en que se realiza contradicen al gesto y lo vacían de sentido. Los esclavos se ríen. Nadie reconoce lo que dice significar. El capataz no puede soportar la pantomima y se va.

La ceremonia sigue su curso. Comienza la cena. El señor y los esclavos, como Jesús y sus discípulos. El conde explica el sentido y los negros lo captan y sacan las consecuencias que el conde no puede aceptar. Dice y se desdice. ¿Qué debe retenerse del símbolo? ¿qué desecharse? El servicio y la igualdad se realizan únicamente en la cena; en la cena se humilla al señor y ellos son sus iguales. Esto consagra el señorío del conde que diariamente debe ser ratificado por la obediencia de los esclavos. Al establecer esta dicotomía el conde debe colmar de realidad el símbolo para que pueda luego exigir con la conciencia tranquila la contraprestación de la sumisión cotidiana.

Pero al desarrollarse realmente el símbolo se desarrollan también las contradicciones: El conde es escupido y debe aceptarlo, propone una visión de la vida en que el colmo de la felicidad estaría en sufrir ultrajes por Cristo y se le contesta con otra según la cual lo que tiene cara de malo —la insumisión— es la verdad y lo que aparece con el rostro de la verdad —el sometimiento pacífico— es en realidad la mentira, la negación de la humanidad. A la visión barroca del gran teatro del mundo —con papeles predeterminados en el fondo indiferentes que hay que cumplir a cabalidad— se contraponen la visión del mundo como una comedia de equívocos

en que cada uno se oculta en su contrario.

El drama se desarrolla hasta la muerte del señor: el señor se ha dormido, no hay señor. Por lo tanto ha muerto el esclavo: pueden despertar los pensamientos no mediados, puede conocerse la realidad negada, puede negarse el fundamento de la realidad, pueden explorarse al fin las posibilidades de liberación. Es un símbolo nada más/nada menos: ejercicios de libertad. Pero también a su través sale a luz el amo introyectado, el amo que vigila por sus intereses en el interior del esclavo y le impide pensar una vida autónoma. Aunque al salir a luz, se desmascara su dependencia servil. Quedan al fin proyectos históricos: el esclavo que sólo de su amo puede esperar la vida y el que para liberarse no sólo puede ser él mismo sino todo lo demás: ave para remontarse, pez para escurrirse, para escapar.

LA NEGACION DE LA NEGACION

Es el viernes santo. Los esclavos despiertan nuevamente esclavos en el barracón y el conde despierta nuevamente señor en la ciudad. Aparentemente nada ha cambiado. Según la opinión del conde el orden ha quedado convalidado, la jerarquía consagrada. Pero con los símbolos no se juega. La realización simbólica de la igualdad —como abundancia y fraternidad— pide su cumplimiento. El establecimiento propicia un cumplimiento idealista. Pero quien ha gustado el símbolo no puede conformarse con esta interpretación y busca su realización histórica, es decir la realización terrena de la fraternidad en la abundancia: la revolución.

Las promesas del símbolo son desmentidas por la realidad. Pero entonces el símbolo obra como memoria subversiva y busca desmentir a la realidad para que se realice el símbolo. Se intenta en primer lugar conciliarlos, entendiendo que la realidad es un abuso y que desde su legalidad puede ser corregida para que en ella resplandezca el símbolo. Pero tanto el conde como los esclavos descubren que no es así: la crueldad del capataz es indispensable para que funcione el sistema; y el cristianismo, si quiere continuar siendo la religión establecida, debe negar incluso utópicamente su pretensión de igualdad.

No hay posibilidad de símbolos. La realidad se desvela. El señor se despoja de su peluca venerable, desecha los intermediarios y empuña el sable, la verdadera entraña de su poder. Sólo como subordinados tendrán cabida ya el cura y el hombre de presa. No hay posibilidad de independencias relativas. La determinación económica carga todo su peso. El símbolo debe ser destruido. Los apóstoles de la libertad huyen por la tierra hostil; aún no es su tiempo. El capataz muere en el cepo, como mató. Y es enterrado. Cercando su tumba, las cabezas en alto de los doce apóstoles.

En el medio, una cruz. Ha pasado la lucha. Nuevamente el símbolo, para afianzarla. Pero el símbolo siempre admite otra interpretación no oficial. Para el señor el capataz es Jesús y los esclavos los ladrones. Para los esclavos las cabezas al viento esperan los cuerpos del mañana. Falta una cabeza: el esclavo cimarrón, el que escupió al señor. Murieron el capataz y los esclavos. Quedan los dos antagonistas frente a frente: el señor y el esclavo autoliberado que luchará con él por la posesión de la tierra.

Esta es nuestra lectura de la extraordinaria película de Alea. Su crítica a la religión, en general, parece retener la complejidad del análisis marxista. La ambigüedad de la simbología cristiana sólo puede ser desvelada por la práctica: el establecimiento religioso y económico resuelven esta ambigüedad proponiendo una interpretación dicotómica, ahistórica y en definitiva negando el símbolo-acontecimiento, el símbolo vivo, no formalizado. Los oprimidos resuelven la ambigüedad intentando plasmar el símbolo históricamente. Los partidos revolucionarios triunfantes tienden a desalojar el símbolo de la historia —esto se reflejaría en la película por ejemplo en la elección de un fin realista frente a la posibilidad simbólica: el esclavo muere pero se trasmuta como la había predicho.

Nosotros proponemos la vigencia del símbolo para que custodie la historicidad de la lucha por la liberación, impidiéndola sectarizarse, absolutizarse, para que salga a la luz el verdadero estado del proceso que tiende constantemente a enmascararse. Pero, claro, para eso la cena no puede ser propiedad del señor, ni del sacerdote, sino de los hermanos.

Una gran película